¿Qué Significa *Nacer* de Nuevo?

R.C. Sproul

Preguntas Cruciales



¿Qué Significa *Nacer* de Nuevo?

La Serie Preguntas Cruciales
por R. C. Sproul

¿QUIÉN *Es* JESÚS?
¿PUEDO CONFIAR EN *la* BIBLIA?
¿PUEDE LA *Oración* CAMBIAR LAS COSAS?
¿PUEDO *Conocer* LA VOLUNTAD DE DIOS?
¿CÓMO DEBO *Vivir* EN ESTE MUNDO?
¿QUÉ SIGNIFICA *Nacer* DE NUEVO?
¿PUEDO ESTAR SEGURO DE QUE *Soy* SALVO?
¿QUÉ *Es* LA FE?
¿QUÉ PUEDO HACER *con* MI CULPA?
¿QUÉ *Es LA* TRINIDAD?
¿QUÉ *Es EL* BAUTISMO?
¿PUEDO TENER *Gozo EN* MI VIDA?
¿QUIÉN ES *el* ESPÍRITU SANTO?
¿CONTROLA DIOS *Todas* LAS COSAS?
¿CÓMO PUEDO DESARROLLAR UNA *Conciencia* CRISTIANA?
¿QUÉ ES LA *Cena* DEL SEÑOR?
¿QUÉ *es LA* IGLESIA?

Preguntas Cruciales
No. | 6

¿Qué Significa *Nacer* de Nuevo?

R.C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

¿Qué Significa Nacer de Nuevo?

Publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org   ReformationTrust.com

Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías
Diseño de portada: GearBox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Diagramación en español: Pamela Figueroa, Proyecto Nehemías

Conversión de ebook: Fowler Digital Services
Formateado por: Ray Fowler

A menos que se indique algo distinto, las citas bíblicas están tomadas de la *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea*. Derechos reservados.
Las citas bíblicas marcadas con RV95 están tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera 1995*.
Las citas bíblicas marcadas con VM están tomadas de *La Santa Biblia*, *Versión Moderna*.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

¿Qué significa nacer de nuevo? / R. C. Sproul.
p. cm.
ISBN 978-1-56769-381-2
1. Regeneración (Teología). I. Título
BT790.S67 2010
234’.4—dc22

2010009282

Contenido

Capítulo Uno

¿Debo Nacer de Nuevo?

Una vez conversé con un señor que dijo que quería aprender más acerca de la fe cristiana. Él dijo que se consideraba cristiano, y quería saber más acerca de lo que implica el cristianismo. Pero, advertía él, “no quiero ser un cristiano *nacido de nuevo*”.

Cuando oí esas palabras, mi mente volvió de súbito a la campaña presidencial de 1976, cuando Jimmy Carter se identificó como un cristiano nacido de nuevo. Por la misma época, Charles Colson, quien había sido consejero del Presidente Nixon, y resultó involucrado en el escándalo de Watergate, se convirtió a Cristo y escribió un libro titulado *Nací de nuevo*, que vendió millones de copias y fue llevado al cine bajo el mismo título. El líder del partido Black Panther, Eldridge Cleaver, e incluso Larry Flynt, el editor de la revista *Hustler*, entraron en escena anunciando al mundo que habían “nacido de nuevo”, aunque ahora Flynt se declara ateo.

De pronto, la frase *nacido de nuevo*, que solo era conocida en un muy pequeño segmento de la iglesia, se volvió una noticia candente y comenzó a captar la atención nacional. El mundo secular la recogió y la aplicó a cosas ajenas a la fe cristiana. Por ejemplo, si un beisbolista tenía un buen año

después de un año especialmente malo, se decía que el jugador había “nacido de nuevo”.

En algún punto de toda la difusión, sin embargo, el verdadero significado del concepto *nacido de nuevo* se oscureció. En consecuencia, existe mucha confusión, incluso dentro de la iglesia, en cuanto a la naturaleza exacta del nuevo nacimiento. El propósito de este librito es, pues, examinar lo que significa, tanto bíblica como teológicamente, nacer de nuevo.

De entrada, debo observar que la frase “cristiano nacido de nuevo”, en un sentido reducido y técnico, es una redundancia. Esto es así porque, según el Nuevo Testamento, para hacerse cristiano, primero uno debe nacer de nuevo (Juan 3:3-5). Por lo tanto, si una persona nace de nuevo, es cristiana. En consecuencia, decir que alguien es un “cristiano nacido de nuevo” es como decir que esa persona es un cristiano cristiano. El Nuevo Testamento no conoce otro tipo de cristiano.

Además, el término *nacer de nuevo* es un sinónimo popular del término teológico *regenerar*. No conozco ninguna iglesia en la historia del cristianismo que no haya tenido una doctrina de la regeneración o renacimiento. Es decir, cada cuerpo cristiano en la historia de Occidente ha tenido que desarrollar algún tipo de concepto de lo que significa nacer de nuevo espiritualmente. Ello se debe a que el concepto no tuvo su origen entre los teólogos, comentaristas bíblicos, o predicadores. La idea misma de un renacimiento espiritual tiene su origen en la enseñanza de Jesús. Puesto que los cristianos se identifican como seguidores de Cristo, ellos naturalmente han estado interesados en comprender qué dice Jesús acerca de esta noción.

La conversación de Jesús con Nicodemo

El relato de la primera enseñanza de Jesús sobre esta materia lo encontramos en Juan 3. Quisiera analizar este pasaje detenidamente para que podamos conseguir un firme fundamento para nuestra posterior discusión sobre el nuevo nacimiento.

Juan escribe, “Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, dignatario de los judíos. Este vino a Jesús de noche” (vv. 1-2a RV95). Juan nos presenta de inmediato a Nicodemo y nos dice dos cosas acerca de su trasfondo: primero, era fariseo, y segundo, era dignatario de los judíos. Los fariseos eran una secta religiosa conservadora conocida por una estricta obediencia a la ley de Dios. Los “dignatarios de los judíos” eran las

autoridades religiosas de Israel. La nación judía estaba bajo la autoridad imperial de Roma y era regida por un gobernador romano. Sin embargo, la autoridad religiosa de Israel recaía sobre un grupo de setenta hombres que conformaban un cuerpo conocido como el Sanedrín. Estos hombres eran, *grosso modo*, el equivalente de los senadores de nuestra nación o los cardenales de la Iglesia Católica Romana. Cuando Juan identifica a Nicodemo como un dignatario de los judíos, claramente está indicando que Nicodemo era miembro del Sanedrín. No todos los fariseos eran miembros del Sanedrín, pero algunos miembros del Sanedrín eran fariseos. En consecuencia, Nicodemo era un hombre educado y poderoso, altamente instruido en teología.

Nicodemo vino a Jesús de noche. ¿Por qué hizo eso? Tengo la sospecha de que Nicodemo estaba levemente nervioso. No quería que lo vieran públicamente con Jesús, quien era popular entre el pueblo pero despertaba sospechas entre las autoridades religiosas. Así que él fue discreto en su primer encuentro con Jesús.

No obstante, Nicodemo llegó con elevadas palabras: "Éste vino de noche a ver a Jesús, y le dijo: 'Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios como maestro, porque nadie podría hacer estas señales que tú haces si Dios no estuviera con él'" (v. 2). Es significativo que este anciano de los judíos reconociera a Jesús como un rabí y se dirigiera a él con el respeto reservado a los teólogos. Nicodemo reconocía que Jesús era un auténtico maestro de la Palabra de Dios. Entonces prosigue y declara que al menos algunos de los líderes judíos reconocían que Jesús era un maestro enviado por Dios, gracias a las señales que él hacía. Esta actitud era muy distinta a la de muchos en el partido de los fariseos. Ellos no tenían una imagen tan positiva de Jesús. De hecho, ellos atribuían sus prodigiosos actos al poder de Satanás (Mateo 12:22-32). Pero este fariseo rehusó hacer una acusación tan extremada; más bien él llegó con elogios para Jesús. Él estaba diciendo, "Jesús, yo reconozco que tú debes ser un maestro enviado de Dios, porque ningún hombre podría ejercer el tipo de poder que tú has mostrado a menos que Dios esté autenticando su mensaje".

Una condición necesaria

Observa lo que respondió Jesús. Él no dijo, "No merezco este honor que me has concedido, dignatario de los judíos, miembro del Sanedrín; es

grandioso ser alabado por alguien en una posición tan elevada". Es casi como si Jesús no pudiera esperar a que Nicodemo deje de adularlo. Una vez que Nicodemo calla, Jesús respondió como siempre hizo en su enseñanza: haciendo a un lado las minucias y yendo al meollo del asunto. Él le dijo a Nicodemo, "En verdad, en verdad te digo: A menos que el hombre naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (v. 3 VM). En otras palabras, "Nicodemo, deja de hablar de cuestiones secundarias y honores personales. Lo que quiero transmitirte es lo siguiente: hay algo imprescindible que la persona debe hacer a fin de ver el reino de Dios".

En teología y filosofía, nos encanta hacer distinciones, y una muy importante distinción en estas disciplinas es la que se hace entre lo que llamamos una "condición necesaria" y una "condición suficiente". Una condición necesaria se define como algo que obligatoriamente debe ocurrir antes de que otra cosa pueda suceder. Por ejemplo, para encender un fuego, se requiere obligatoriamente la presencia de oxígeno. Sin oxígeno no puede haber fuego. Por el contrario, una condición suficiente es lo único necesario para que se dé un resultado. El oxígeno no es una condición suficiente para el fuego. Es necesario para el fuego, pero por sí solo no garantiza que resulte el fuego. No se puede tener fuego sin oxígeno, pero se puede tener oxígeno sin tener fuego. En resumen, una condición necesaria es un *sine qua non*: sin ella no se sigue el efecto deseado.

En esta conversación con Nicodemo, Jesús dio una condición necesaria. Cada vez que Jesús enseña condiciones necesarias, debiéramos aguzar el oído, pero esto es especialmente cierto en este caso, porque él describe un requisito absoluto para la entrada en el reino de Dios. Él dijo, "*A menos que* el hombre naciere de nuevo, *no puede* ver el reino de Dios". Es decir, *a menos que* "A" suceda, "B" *no puede* seguir. ¿Ves por qué es tan importante? Con estas palabras, Jesús estableció la condición necesaria para entrar en su reino. Él interrumpió a este hombre altamente instruido en teología, quien era un líder religioso, quien era reconocido y alabado por sus conciudadanos de Israel, y le lanza esta verdad como un balde de agua fría: "Tú necesitas nacer de nuevo". Es como si yo entrara en la iglesia de algún ministro, y mientras él me hace una pregunta teológica o me dice palabras amables, yo le dijera: "Alto. Ni siquiera puedes ver el reino de Dios, porque necesitas nacer de nuevo". No es de extrañarse que los fariseos fueran tan hostiles con Jesús.

Dicho de la manera más simple posible, si no renaces espiritualmente, no eres un cristiano. Es necesario nacer de nuevo para ser cristiano. Nadie nace

siendo cristiano. Nadie llega a este mundo estando ya incorporado al reino de Dios. Los fariseos pensaban que ellos nacían en el reino de Dios. Su razonamiento era: “Somos hijos de Abraham. Hacemos todo lo que es correcto. Tenemos la ley de Moisés”. Pero más adelante Jesús les diría: “Ustedes no son hijos de Abraham. Ustedes son hijos de aquellos a quienes sirven” (ver Juan 8:39-47).

Es imposible expresar en toda su magnitud lo radical que era esta declaración de Jesús. Si a nosotros nos parece radical, sonaba aun más radical para los contemporáneos de Cristo.

Recuerden a mi amigo que dijo: “R. C., quiero ser cristiano, pero no quiero ser un cristiano nacido de nuevo”. En esencia, él quería rosas pero sin espinas. Lo más probable es que él quisiera decir: “Quiero ser cristiano, un cristiano de verdad, pero no quiero ser una de esas personas que hacen alarde de ello y fastidian a los demás con sus repulsivos métodos de evangelismo”. De esa forma él estaba identicando a un grupo de cristianos que lo incomodaban, un estilo dentro de la iglesia cristiana que él percibía como los únicos “cristianos nacidos de nuevo”.

Pero en el sentido real de las palabras, existe solo un tipo de cristiano. Hay diferentes estilos de ese tipo de cristiano. Algunos son corteses y otros son ásperos. Algunos son callados y otros son locuaces. Algunos son conservadores y otros no tanto. Pero el único tipo de cristiano que entra en el reino de Dios es el cristiano regenerado, porque Jesús hizo del nuevo nacimiento una condición necesaria. Así que lo primero que quiero transmitir acerca del renacimiento es que éste es necesario.

El uso de la repetición en Jesús

Hay dos formas en que los judíos usaban la repetición para enfatizar, y Jesús utilizó ambas formas en su conversación con Nicodemo. Yo analicé una de ellas en mi libro *La santidad de Dios* cuando examiné Isaías 6, donde se retrata a los serafines en el salón del trono celestial cantando la antífona “santo, santo, santo”. Expliqué el significado de esa repetición de una palabra, una técnica que vemos en toda la Biblia. Cuando los judíos querían hacer hincapié en algo, en lugar de añadir un signo de exclamación o usar cursivas, ellos simplemente lo repetían.

Cuando Jesús presenta su condición necesaria, él no dijo meramente: “A menos que el hombre naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Más

bien él comenzó diciendo: “En verdad, en verdad…”, lo cual en el idioma original decía “amēn, amēn”. La palabra “amén” en español proviene de este término hebreo; es una palabra que usamos a menudo para terminar nuestras oraciones, con la cual decimos “verdaderamente” o “que así sea”. De vez en cuando, Jesús introducía su enseñanza repitiendo la palabra amén, y esta es una de esas ocasiones. Cuando Jesús decía, “En verdad, en verdad”, o “De cierto de cierto”, era como si estuviese diciendo, “les recomiendo que pongan un asterisco frente a esto, porque es extremadamente importante”.

En mis clases en el seminario, yo solía decirles a mis alumnos: “Cada vez que me vean escribir algo en la pizarra, deberían marcarlo con una ‘X’ roja en sus apuntes, porque es seguro que va a aparecer en el examen”. Jesús hacía algo parecido cuando decía “De cierto, de cierto”. Cuando quería decir: “Esto es algo muy importante”, él decía: “De cierto, de cierto”.

Hay miles de ministros en Estados Unidos que se pararán este domingo en la mañana y dirán que no es necesario nacer de nuevo para entrar en el reino de Dios. Si escuchan a alguien decir eso, voy a pedirles que recuerden que eso no es lo que Jesús dijo. Cuando se sientan contrariados acerca de si nacer de nuevo es o no un requisito, tendrán que determinar quién habla con suprema autoridad en la iglesia cristiana. El Señor de la iglesia dice: “De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.

Hay una segunda forma en que los judíos usaban la repetición. Además de repetir una palabra, ellos repetían un concepto en particular con palabras levemente distintas. Cuando el apóstol Pablo advertía a los gálatas que no abandonaran el evangelio bíblico, él les dijo: “Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, les anuncia otro evangelio diferente del que les hemos anunciado, quede bajo maldición” (Gálatas 1:8). Luego el apóstol añade, “Lo repito: Si alguno les predica un evangelio diferente del que han recibido, quede bajo maldición” (v. 9). Aquí Pablo usó la segunda forma de repetición, haciendo la misma observación dos veces en palabras levemente distintas.

Jesús hizo lo mismo. Primero dijo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Nicodemo responde, “¿Y cómo puede un hombre nacer, siendo ya viejo? ¿Acaso puede entrar en el vientre de su madre, y volver a nacer?” (v. 4). Entonces Jesús le contestó: “De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (v. 5). Al repetir este requisito clave, el Señor muestra lo esencial que es.

Esto es lo que yo deduzco de la enseñanza de Jesucristo: es imposible ver el reino y entrar al reino a menos que uno nazca de nuevo. Pero eso plantea una importante pregunta: ¿qué significa “nacer de nuevo”? Como dije anteriormente, cada iglesia tiene alguna doctrina de la regeneración. Todos reconocen que la regeneración o nuevo nacimiento es un requisito para entrar al reino de Dios, pero no todos concuerdan sobre cómo se cumple ese requisito y qué implica exactamente. En los siguientes capítulos, fijaremos nuestra atención en discernir qué quiso decir Jesús precisamente cuando estableció esta condición necesaria.

Capítulo Dos

La Regeneración Es un Misterio

Una vez vi en televisión a un artista que hacía una demostración de pintura. Mientras pintaba, iba explicando las técnicas que usaba. Comenzó pintando algunas nubes esponjadas. Luego demostró el uso de un pincel distinto para sombrear las nubes y para añadir ondas. Él observó que hay una diferencia entre una imagen de nubes inmóviles y nubes llevadas por el viento. Las que están inmóviles se ven casi paralizadas; congeladas en la tela, por así decirlo. Las nubes reales, explicó el hombre, no solo tienen humedad, sino que el viento las sopla. Entonces tomó un tercer pincel y movió la mano de determinada forma para añadir marcas (líneas prácticamente) encima de la nube. Las líneas no eran simétricas, pero claramente trazaban los contornos de las nubes. Al terminar, parecía que las nubes se movían y giraban. Yo casi sentía el viento en el cuadro, aun cuando no podía ver el viento mismo.

Después de enseñar a Nicodemo acerca de la absoluta necesidad del nuevo nacimiento, Jesús pasó a hacer una analogía entre el viento y la secreta y misteriosa obra interior del renacimiento espiritual. En este capítulo, nos enfocaremos en este aspecto de la regeneración.

“El Espíritu Santo lo hizo todo”

Hace algunos años, tuve la oportunidad de hablar en privado durante una hora con un señor a quien había conocido muy de pasada en una ocasión anterior. Este hombre era el evangelista Billy Graham. Tuve la oportunidad de cenar con él en Asheville, Carolina del Norte. Aquella ocasión discutimos varios asuntos, pero en medio de la conversación, después de que ambos habíamos compartido nuestra experiencia de conversión, Billy me contó lo que le había ocurrido cuando era joven al ser influido por la predicación de Mordecai Ham, un orador que hacía una serie de cultos en Charlotte, Carolina del Norte. Billy había mencionado este episodio de su vida muchas veces en sermones y libros, pero oírlo de sus propios labios después de tantos años fue para mí una experiencia aleccionadora.

Lo que surgió en su historia fue que él se veía tan emocionado como si hubiera ocurrido ese mismo día. Aún estaba lleno de una pasión que se había encendido años atrás en aquel momento cuando conoció a Cristo. Él describió todo lo que sucedió a medida que era atraído hacia los servicios del Sr. Ham y escuchaba noche tras noche hasta que finalmente fue atraído irresistiblemente a Cristo. Al final, Billy me miró y dijo: “El Espíritu Santo lo hizo todo”. Él estaba hablando de nacer del Espíritu.

Mi esposa cuenta algo similar respecto a su conversión. Vesta y yo salimos durante unos cinco años, y planeábamos casarnos. De pronto, en mi primer año en la universidad, yo me convertí, y muy al comienzo de mi peregrinaje en la fe me dijeron que no se me permitía casarme con una mujer que no fuera creyente. Pero Vesta era la mujer con quien quería casarme y con quien ya estaba comprometido. Esto se transformó en un terrible conflicto para mí en ese momento de mi vida.

Por su parte, Vesta luchaba con este extraño comportamiento que había asumido su novio. Anteriormente, yo no poseía ninguna persuasión religiosa seria, pero ahora el cristianismo había dado vuelta al revés mi vida. Ella no sabía si yo estaba perdiendo la razón.

Algunos meses después de mi conversión, Vesta hizo planes para visitarme. El día que debía llegar, evadí las clases, me quedé en mi habitación y cerré la puerta con llave. Me tiré en el piso junto a mi cama y oré como nunca antes había orado. Dije: “Dios, yo no sé lo que son los decretos eternos, pero si tú tienes uno que no concuerde con mi preferencia en este caso, por favor cámbialo”. Aquella vez luché con Dios durante horas.

Finalmente, hice el compromiso de que si Vesta no se hacía cristiana aquel fin de semana, iba a romper con ella. Corrí ese riesgo.

Cuando llegó Vesta, fuimos a un encuentro de la organización cristiana en la que yo participaba. No le conté a Vesta lo que había orado y lo que había decidido. No le dije: "Mira, si no vienes a Cristo este fin de semana, quiero que me devuelvas el anillo". No dije nada al respecto. Así que ella vino a nuestro encuentro, y muy lejos de mí, conoció a Cristo en esa reunión. Al salir del encuentro, ella estaba muy emocionada. Estaba como Arquímedes cuando saltó de la bañera gritando: "¡Eureka, lo encontré!" Ella conocía lo que todo cristiano conoce: el gozo de la redención.

Pero al acostarse, toda la noche estuvo despertando y pellizcándose, diciendo: "¿Sigue ahí? ¿Todavía lo tengo?" Luego revisaba sus sentimientos internos y decía: "Sí, ahí está". Entonces se volvía y seguía durmiendo.

Al otro día, cuando nos encontramos, ella me contó su experiencia de la noche anterior. Entonces me hizo el siguiente comentario, que yo nunca olvidaré: "Ahora sé quién es el Espíritu Santo". Yo había estado tratando de explicarle lo que me había ocurrido, pero era como tratar de explicarle el arcoíris a un ciego. Solo cuando Vesta creyó y confió en Cristo llegó a una comprensión personal de la identidad y el carácter de Dios el Espíritu Santo. Anteriormente ella había oído del Espíritu. Ella se había criado en una asistencia regular a la iglesia. Había escuchado la bendición pronunciada en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu. Pero para ella todo había sido ceremonia; no había un contenido o aplicación personal en su trasfondo religioso. Pero cuando se convirtió, llegó a conocer al Espíritu.

La dificultad que experimenté al explicar a Vesta mi conversión no es inusual. Una de las cosas más difíciles del mundo es expresar lo que significa tener una experiencia espiritual que le cambia a uno la vida. Esto es porque el nuevo nacimiento es un misterio. Y si es un misterio para quienes lo hemos experimentado, es un misterio insondable al nivel más profundo para quienes no lo han experimentado, incluso para teólogos hábiles como Nicodemo.

La regeneración es misteriosa

La confusión de Nicodemo era evidente en su conversación con Jesús. Después de que Jesús le dijo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:3), Nicodemo miró a Jesús y le dijo: "¿Y cómo puede un hombre nacer, siendo ya viejo? ¿Acaso puede

entrar en el vientre de su madre, y volver a nacer?" (v. 4). En otras palabras, él dijo: "Jesús, ¿de qué estás hablando?" Yo creo que ese es uno de los comentarios más torpes que le hayan hecho a Jesús. Es obvio que Nicodemo no entendió lo que Jesús quería decir.

Jesús hablaba de la regeneración. Nótese el prefijo re, que significa "nuevamente". La palabra *generar* significa literalmente "devenir" o "suceder". Por lo tanto, Jesús estaba diciendo que algo debe "suceder nuevamente". No obstante, él no estaba pensando en un nuevo nacimiento físico, sino en un renacimiento espiritual. El nuevo nacimiento es un nacimiento real, pero un nacimiento de otro tipo.

En respuesta a la pregunta de Nicodemo, Jesús comenzó a explicar el misterio. Él dijo: "Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es" (v. 6). Jesús estaba planteando un punto obvio, un punto elemental, pero los oídos de Nicodemo necesitaban que se lo repitiera. Después de todo, la mayoría de los teólogos profesionales no se extravía en algún punto técnico de la teología, sino en un punto fundamental, un punto básico, un punto que ellos debieran dominar. De hecho, más adelante en su conversación, Jesús reprendió suavemente a Nicodemo, diciendo: "¿Y tú eres maestro de Israel, y no lo sabes?" (v. 10). Es como si Jesús le dijera: "¿No te da vergüenza? Tú deberías saberlo. No son invenciones mías. Estas cosas son el abecé de la religión bíblica".

El nuevo nacimiento es necesario porque lo que nace de la carne es carne, y no se puede sacar espíritu de la carne. Si uno quiere cultivar un encino, tiene que sembrar una bellota, no una frutilla. La carne solo produce carne. Pero lo que nace del Espíritu es espíritu. Así que Jesús le hablaba a Nicodemo sobre el renacimiento espiritual, no la mera repetición de un proceso biológico. Esto es algo mucho más misterioso.

Habiendo establecido que él hablaba de cosas espirituales, Jesús añadió: "No te maravilles de que te dije que es necesario que ustedes nazcan de nuevo" (v. 7). Si existe alguna orden emitida por Jesús de Nazaret que la gente ha ignorado, es ésta. La gente aún queda atónita, se inquieta y se pone nerviosa cuando alguien sugiere que es necesario volver a nacer. Pero Jesús dijo: "No se asombren, no se maravillen por eso".

Luego Jesús comenzó a responder la pregunta de Nicodemo acerca del "cómo". Pero al abordar este misterio, Jesús en realidad lo profundizó. Él dijo: "El viento sopla de donde quiere, y lo puedes oír; pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu" (v. 8).

Aquí hay un maravilloso juego de palabras. El término griego *pneuma* puede traducirse como “espíritu”, “aliento”, o “viento”. Por lo tanto, cuando Jesús dijo: “Tienes que nacer del Espíritu, y es como el viento”, él estaba diciendo que el *pneuma* es como el *pneuma*. El mismo tipo de juego de palabras aparece en el relato de Juan de un hecho ocurrido en el aposento alto, cuando Jesús sopló sobre sus discípulos y les dijo: “Reciban el Espíritu” (Juan 20:22). La palabra traducida tanto “sopló” como “Espíritu” es *pneuma*. Jesús “pneumatizó” (sopló sobre) sus discípulos y luego dijo: “Reciban el *Pneuma* Santo”.

Jesús efectivamente dijo: “Nicodemo, ¿quieres saber cómo se lleva a cabo la regeneración? El *Pneuma*, el Espíritu, sopla donde quiere. Es como el viento, que sopla a donde le plazca. Tú no puedes verlo, pero puedes ver sus efectos. Así es el *Pneuma*”. En otras palabras, la obra de regeneración del Espíritu Santo es misteriosa.

La regeneración es invisible

En un nivel muy básico, la obra del Espíritu es misteriosa porque hay una gran cuota de misterio en relación al propio Espíritu Santo. Una de las más grandes obras que se haya escrito en la historia de la iglesia sobre la persona y obra del Espíritu Santo fue escrita por Abraham Kuyper, un teólogo que también trabajó como primer ministro de Holanda. En la introducción a su libro clásico *The Work of the Holy Spirit*, Kuyper escribe:

> Cristo puede ser visto y oído; hubo una vez en que las manos de los hombres aun podían asir la Palabra de Vida. Pero el Espíritu Santo es totalmente distinto. Nada de él aparece en forma visible; él nunca sale del vacío intangible. Flotante, indefinido, incomprensible, él permanece en el misterio. ¡Es como el viento! Oímos su sonido, pero no podemos decir de dónde viene ni a dónde va. El ojo no puede verlo, el oído no puede oírlo, menos aun puede la mano asirlo. Existen, en efecto, signos simbólicos y manifestaciones: una paloma, lenguas de fuego, el sonido de un impetuoso y potente viento, un soplo de los santos labios de Jesús, una imposición de manos, un hablar en lenguas extrañas. Pero nada de esto permanece; nada queda, ni siquiera el rastro de

una pisada.[1]

En suma, el Espíritu es misterioso porque es invisible, y su obra de regeneración es misteriosa por igual motivo. Nadie puede ver lo que Dios está haciendo en el alma de otra persona. Es por eso que en la Escritura se nos advierte que aun cuando el hombre mira la apariencia externa, Dios mira el corazón (1 Samuel 16:7). La regeneración es una realidad espiritual que se efectúa en el interior de la persona, transformándola, pero es invisible, tal como el viento.

Si bien la regeneración es invisible, debemos tener presente que Jesús dijo que podemos ver los efectos de ella, tal como vemos, oímos y sentimos los efectos del viento. ¿Dónde buscamos las manifestaciones tangibles del nuevo nacimiento? Lo vemos en los frutos de una vida cambiada.

Todos tenemos una lucha cuando evaluamos nuestra vida cristiana. Podemos ver cambios para bien en nuestra vida, pero también vemos las cosas que no queremos ver; las cosas que no queremos que nadie vea. Así que, al analizar el estado de nuestra alma, no necesitamos preguntar dónde estábamos cuando nacimos de nuevo, ni siquiera cómo sucedió. Más bien debemos preguntarnos si hay alguna evidencia de un cambio en la orientación interior de nuestra disposición, nuestra actitud hacia las cosas de Dios.

Las personas no regeneradas son, en el mejor de los casos, indiferentes a las cosas de Dios. Más a menudo son abiertamente hostiles hacia él. Ah, sí, puede parecer que algunos están buscando a Dios, pero Romanos 3:11 nos dice que no es así. La persona no regenerada jamás busca a Dios; es un fugitivo de Dios. Jesús vino a buscar y salvar al perdido (Lucas 19:10). Él es el Buscador; nosotros somos los que huimos. Los no regenerados están buscando felicidad, paz mental, alivio de la culpa, una vida con sentido, y un sinnúmero de otras cosas que nosotros sabemos que solo Dios puede darles. Pero no están buscando a Dios. Están buscando los beneficios de Dios. El pecado del hombre natural es eso precisamente: quiere los beneficios de Dios pero sin Dios.

Pero cuando el Espíritu Santo hace su misteriosa obra de regeneración, lo primero que cambia en una persona es la disposición de su alma. Ahora le importan las cosas de Dios y desea buscar a Dios. Ahora hay un afecto hacia Dios que antes no existía. Está lejos de ser perfecto, pero es real. Su origen y su poder siguen siendo un misterio. Pero la realidad es que el corazón de la persona late por Dios, cuando nunca antes lo había hecho. Este es el efecto

innegable del soplo del *Pneuma* en el alma.

---

1 Abraham Kuyper, *The Work of the Holy Spirit* [La obra del Espíritu Santo] (Londres: Funk & Wagnalls, 1900), 6.

Capítulo Tres

La Regeneración Es el Comienzo

La regeneración es el primer paso en la experiencia total de la redención a través de la cual Dios nos conduce. Cuando las personas dicen que han nacido de nuevo, a menudo piensan que su renacimiento es lo mismo que su nueva vida. Después de todo, el Nuevo Testamento dice que la persona que está en Cristo es una nueva criatura: "De modo que si alguno está en Cristo, ya es una nueva creación; atrás ha quedado lo viejo: ¡ahora ya todo es nuevo!" (2 Corintios 5:17). El hecho de que alguien sea una nueva persona, significa que tiene una vida nueva, pero su nueva vida no es lo mismo que su nuevo nacimiento. Más bien su nueva vida es el resultado de su nuevo nacimiento, del mismo modo que cada día de su vida es el resultado de su nacimiento físico. Todos nosotros tenemos un cumpleaños cada año, pero no nacemos cada año. El nacimiento ocurre una vez, y ello señala el comienzo de nuestra existencia como persona en este mundo. Por lo tanto, hacemos una distinción entre el comienzo y la vida que fluye de ese comienzo, tanto en términos de nacimiento natural (físico) como respecto al nacimiento sobrenatural (espiritual), que es lo que se describe con el término *regeneración*.

Cuando yo me volví cristiano, me sentía fuertemente relacionado con 2 Corintios 5:17. Yo fui una de esas personas que han tenido una muy repentina y drástica conversión. Durante los dos primeros meses de mi experiencia cristiana, yo estaba en una vuelta por una montaña rusa emocional en cuanto a mi vida espiritual. Pasaba de un éxtasis espiritual a una profunda depresión espiritual. Era muy parecido a mi experiencia con el juego del golf. No sé cuántos miles de veces le he dicho a mi esposa: “Lo tengo. Descubrí el secreto. Nunca más voy a dar otro mal golpe en el golf. Nunca más voy a tener una mala ronda”. Eso dura unos dos días, y luego estoy buscando todo de nuevo, porque el éxito en el golf se va tan pronto como llega. Así fue mi experiencia cristiana los primeros dos meses. Pasaba de apogeos espirituales a una profunda sensación de ausencia de Dios, cuando recaía en antiguos patrones de pecado.

Esta situación se mantuvo hasta que pedí la ayuda de un ministro que me dio este sabio consejo: “Recuerda que tu renacimiento es tan solo el comienzo. El Nuevo Testamento dice que aunque quizá seas un adulto en cualquier otro aspecto (madurez, experticia, educación formal), si tu experiencia cristiana es algo nuevo para ti, entonces en términos espirituales, tú eres un bebé. Estás en tu infancia”.

Considera los patrones emocionales de los infantes. ¿Te has fijado lo cambiantes que son? Un bebé puede estar llorando estrepitosamente, pero si uno dice “agú, agú” y llama su atención hacia alguna cosa, de pronto está riendo. Pero a los diez segundos puede estar llorando de nuevo. Las emociones de un niño son así hasta que llega a un punto en que los altos y los bajos no son tan extremos. Asimismo, en el crecimiento espiritual, solemos seguir una tendencia en alza, en la que nuestros altos y bajos con el tiempo se vuelven menos drásticos. A medida que vamos madurando, nos asentamos en un patrón de espiritualidad más consistente.

Pero el nuevo nacimiento es meramente el punto de partida de este proceso que continúa hasta que somos glorificados en el cielo. La lucha continúa desde el día del nuevo nacimiento hasta aquel día en el cielo cuando alcanzamos la plenitud de la madurez en Cristo.

Me molesta cuando escucho a predicadores bienintencionados que, con la intención de convencer a las personas de las riquezas de la fe cristiana, dicen: “Ven a Jesús y se acabarán todos tus problemas”. Eso sencillamente no es cierto. Mi vida no empezó a complicarse sino cuando me hice cristiano, porque solo entonces tuve que ir todos los días a la guerra entre las cosas de

la carne y las cosas del Espíritu.

El conflicto es constante porque la capacidad para el mal que reside en el corazón de una persona regenerada casi no tiene límites. No debe impactarnos demasiado cuando vemos líderes cristianos caer en pecados graves. Tenemos el poder de una vida nueva, pero eso no borra automáticamente nuestras tendencias previas a la conversión (ver Gálatas 5:16-26; Romanos 6-7). La regeneración es tan solo el comienzo. Pero no es únicamente tan solo el comienzo: es *el* comienzo. Es el comienzo más significativo que alguna vez puedas tener.

En otro tiempo estábamos muertos

Quisiera volver tu atención hacia algunos elementos muy importantes relacionados con el comienzo de la vida cristiana. Tenemos que ver de qué hemos sido regenerados. Al comienzo del segundo capítulo de su carta a los Efesios, Pablo escribe: "Él les dio vida cuando aún estaban muertos en sus delitos y pecados, los cuales en otro tiempo practicaron, pues vivían de acuerdo a la corriente de este mundo" (v. 1-2a).

Todos tenemos valores. Todos tenemos una perspectiva, una visión del mundo y una visión de nosotros mismos. Todos tenemos preferencias. Tratamos de vivir según algún tipo de norma. ¿Cómo vives tu vida? ¿Cuál es tu norma? ¿De dónde la sacaste? Lo que es más importante, *¿por qué* es tu norma?

El apóstol aquí declara: "Antes de renacer, ustedes estaban muertos". Desde luego, él no está hablando de la muerte biológica. Este mensaje, esta carta, no se envió a una morgue. Se dirige a personas biológicamente vivas. Pablo está diciendo que los efesios, y nosotros, en el pasado estábamos espiritualmente muertos. Éramos zombis espirituales, los muertos caminantes. Estábamos biológicamente vivos pero espiritualmente muertos.

¿De qué manera caminábamos? Pablo dice que caminábamos "según la corriente de este mundo". Si uno corre una maratón con otros quinientos competidores, y decide desviarse y seguir su propia ruta, no va a conseguir el premio, sin importar cuán rápido corra, porque no permaneció dentro de los márgenes –dentro de la "corrie-nte"– de la carrera. Existe una ruta definida por donde se espera que los maratonistas corran. Pablo dice que antes de que fuéramos regenerados vivíamos la vida según la ruta que el mundo nos había establecido.

Nosotros los seres humanos tendemos a ser esclavos en nuestra adherencia al sistema de valores de nuestros pares, especialmente durante nuestra adolescencia. Los adolescentes tienden a ser muy conscientes de sus pares. Su cantilena típica es "todos lo hacen". Pareciera que en la noche pierden el sueño pensando si están al día con las últimas tendencias y modas. Pero, desde luego, al final de la adolescencia lo superamos, ¿no es cierto? Claro que no. Tendemos a permanecer conscientes de los banderines que señalan la corriente de este mundo. Esa servil adherencia a un curso que el mundo nos establece es la señal de una persona no regenerada, dice Pablo.

No solo eso, dice el apóstol; vivimos "en conformidad con el príncipe del poder del aire, que es el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Entre ellos todos nosotros también vivimos en otro tiempo. Seguíamos los deseos de nuestra naturaleza humana y hacíamos lo que nuestra naturaleza y nuestros pensamientos nos llevaban a hacer. Éramos por naturaleza objetos de ira, como los demás" (vv. 2b-3).

Esta es una de las descripciones más gráficas y detalladas del estado moribundo, aletargado y mortal de una persona no regenerada que encontramos en toda la Escritura. Tal persona está bajo la influencia del enemigo y busca la satisfacción de los deseos de la carne y los deseos del cuerpo y de la mente. No es una mera descripción del estilo de vida de criminales endurecidos o hedonistas declarados. Es la forma en que vive todo el mundo, sin excepción. El mundo entero vive normal y naturalmente según esta corriente caída.

Pero Dios…

Toda esta descripción se enfoca en el comportamiento anterior al nuevo nacimiento. Es la palabra que viene a continuación en Efesios 2 la que nos lleva a la regeneración. Es una palabra que me fascina, porque captura y sintetiza todo el mensaje de la redención: *pero*. Pablo escribe: "Pero Dios, cuya misericordia es abundante, por el gran amor con que nos amó, nos dio vida junto con Cristo, aun cuando estábamos muertos en nuestros pecados" (vv. 4-5).

En el Credo de los Apóstoles decimos que cuando Jesús regrese va a juzgar "a los vivos y a los muertos". Es un contraste entre los vivos y los muertos, y es el contraste que el apóstol ilustra aquí en Efesios. En otro tiempo estábamos espiritualmente muertos, pero Dios nos revivió. Él nos dio

vida. Nos sacó del estado de muerte. El proceso por el cual lo hizo es la regeneración. Este es el comienzo de la nueva vida.

Además, la regeneración es algo que Dios y solo Dios realiza. Un muerto no puede resucitarse a sí mismo. El único poder sobre la muerte en el universo es el poder de Dios. Solo Dios puede sacar algo de la nada y vida de la muerte. Un cadáver no puede hacer otra cosa que permanecer muerto. Nuestra vivificación, ese primer paso que nos trajo a una vida totalmente nueva y nos hizo nuevas criaturas, fue el resultado de un acto del Dios Todopoderoso.

Hay un par de palabras que no utilizamos en nuestro lenguaje cristiano cotidiano, pero son muy importantes para comprender la obra de Dios en la regeneración. Las palabras son *monergismo* y *sinergismo*. Quiero analizar estas palabras para ayudarte a ver qué significan. El prefijo *mon* significa "uno", algo que es único. Un erg es una unidad de trabajo. De esta raíz derivamos la palabra *energía*. Así que si lo juntamos todo, *monergismo* significa literalmente "uno trabaja". Una obra monergista es una en que una sola parte realiza la tarea. El prefijo *sin* significa "con" o "junto con". Una obra sinergista, entonces, es una en que dos o más personas trabajan en conjunto para llevar a cabo una tarea. Un trabajo sinergista es un trabajo cooperativo.

¿De qué forma se aplica lo anterior a la teología y a nuestro análisis de la regeneración? El renacimiento espiritual es una obra monergista, no una obra sinergista. Como dije anteriormente, un muerto no puede cooperar en su resurrección. Jesús no fue a la tumba de Lázaro a decirle: "Lázaro, necesito que me ayudes a vencer las terribles implicaciones de tu reciente defunción". Eso no es lo que le dijo a Lázaro. Lázaro estaba incapacitado y desesperanzado porque estaba muerto. Llevar a una persona de la muerte espiritual a la vida espiritual es algo que solo Dios puede hacer.

Después de que Dios nos trae a la vida, entonces nosotros debemos involucrarnos. Debemos creer, arrepentirnos, y buscar las cosas de Dios. Pero antes de que Dios nos reviva, no tenemos la capacidad de hacer estas cosas. Necesitamos que Dios tome la iniciativa para cambiar la disposición de nuestro corazón, vivificando nuestra alma para que podamos responder aferrándonos a Cristo y corriendo hacia él en arrepentimiento.

La cuestión es que la iniciativa es de Dios. La salvación es del Señor. Si te has vuelto cristiano recientemente, y estás tratando de comprender lo que te ha ocurrido, creo que es de vital importancia que entiendas este punto en el

comienzo de tu desarrollo como cristiano, de manera que tengas una adecuada apreciación de la gracia de Dios establecida en el comienzo mismo de tu caminar con él.

Dios realiza la regeneración

Hace algún tiempo, se me pidió que hablara a una reunión de hombres en Jackson, Mississippi. Cuando se acercaba el día de mi visita, los patrocinadores me orientaron en cuanto a que lo que querían de mí no era mi ponencia educativa normal, sino un mensaje evangelístico. El mensaje debía ir seguido de un llamado al compromiso. Si alguna vez hubo un orador invadido por un crudo y hondo terror, era yo cuando me hicieron este anuncio. Siento una gran admiración por aquellos a quienes Dios usa como evangelistas, pero yo soy maestro, no evangelista.

Yo llamé y les dije que no era el hombre que ellos necesitaban. Les dije que Dios bendice mi enseñanza, pero que cada vez que trato de predicar de forma evangelística, en realidad nadie responde. Es casi como si Dios susurrara y me dijera: “Oye, ese no es tu don”. Pero ellos no iban a aceptar un “no” como respuesta.

Así que prediqué en aquel encuentro e hice un llamado al compromiso. No hubo una respuesta de parte de los miles, pero para mi asombro, algunos hombres comprometieron su vida con Cristo por primera vez. Más tarde, me senté junto a los hombres que habían organizado el encuentro y dije: “¿Se dan cuenta de lo que ocurrió aquí? Mientras nosotros estábamos ocupados en una reunión humana, y mientras yo hablaba y leía la Escritura, el Creador del universo entró en la sala y en forma secreta, invisible, misteriosa y sobrenatural cambió las almas de seres humanos allí presentes”. Yo les dije: “Eso es lo que ocurrió. Y Dios lo hizo”.

Aquella noche, aquellos hombres que respondieron al evangelio, al grado que ellos realmente poseían la fe que profesaron, fueron transformados en la profundidad de sus almas. Fueron reencaminados desde la corriente de este mundo hacia una nueva corriente, la corriente de la vida cristiana. Para aquellos que fueron espiritualmente regenerados por el Espíritu Santo esa noche, ese encuentro fue un nuevo comienzo. Lo mismo para todos aquellos que experimentan el nuevo nacimiento: es el comienzo de la vida cristiana.

Capítulo Cuatro

La Regeneración Es una Obra Soberana de Dios

La siguiente es una fórmula teológica que puede impactarte por su extrañeza: "La regeneración precede a la fe". Hemos visto que la regeneración o renacimiento espiritual es el comienzo de la vida cristiana. Si la regeneración es el primer paso, obviamente debe venir antes que el segundo paso. Las personas espiritualmente muertas no desarrollan fe repentinamente, para causar que Dios las regenere. Más bien la fe es el fruto de la regeneración que Dios realiza en nuestro corazón: "[Dios] nos dio vida junto con Cristo, aun cuando estábamos muertos en nuestros pecados" (Efesios 2:5). Nacemos de nuevo (somos regenerados), luego venimos a la fe, luego somos justificados, y luego comenzamos a experimentar el proceso de por vida de la santificación (Romanos 8:30). Todos estos acontecimientos conforman todo el complejo de la vida cristiana. Pero el punto de partida, el primer acto en la cadena, le pertenece plenamente a Dios: es una obra monergista, como vimos en el capítulo anterior.

En suma, la regeneración es una obra soberana de Dios. En otras palabras, Dios ejerce su poder y su autoridad sobre la persona a su tiempo y a su manera para llevar a cabo la regeneración de su corazón. Hago hincapié en

esto porque muchas personas conciben la regeneración como un mero acto de persuasión moral por el cual Dios nos seduce o convence para que cambiemos y vayamos en dirección a él. Yo sugiero, siguiendo el pensamiento de Agustín y otros gigantes de la fe cristiana, que la regeneración no se trata simplemente de que Dios está a distancia nuestra intentando persuadirnos a que vengamos a él, sino de que Dios viene a nuestro interior. Él invade el alma, porque debe haber un cambio sustantivo en el corazón antes de que vengamos a Cristo. Para que nosotros deseemos las cosas de Dios, tenemos que ser revividos, y para ser revividos se requiere un acto soberano de Dios.

Un hebreo de hebreos

En Hechos 9, tenemos el registro más famoso de una conversión en la historia de la iglesia. Se trata de la conversión de Saulo, el hombre que se convirtió en el apóstol Pablo. El Nuevo Testamento enseña que Dios no llamó a muchas personas sabias y grandes para ser parte de la fundación de la iglesia cristiana (1 Corintios 1:27-27). Más bien la iglesia primitiva fue conformada principalmente por los oprimidos, los pobres, los explotados, y aquellos que carecían de medios. Parte del plan de Dios, en general, consistió en no escoger a los ricos, poderosos y famosos para establecer su iglesia. Pero la Escritura no dice "ninguno", sino "no muchos" fueron sacados de cargos de liderazgo o niveles sofisticados de estatus. Uno que provenía de tal trasfondo era Saulo de Tarso.

Saulo pertenecía a una familia de mercaderes y había recibido una extraordinaria educación superior. Ciertos expertos han sostenido que si Saulo nunca hubiese sido confrontado por Cristo en el camino a Damasco y radicalmente convertido, si Dios lo hubiese dejado solo para que siguiera el curso que llevaba, aun así probablemente el mundo moderno lo reconocería, porque él fue uno de los judíos más educados del siglo I. Él era el alumno destacado de Gamaliel, el principal rabí de Jerusalén. Él poseía el equivalente a dos doctorados a la edad de veintiún años. Siendo un joven, había ascendido de forma meteórica a una posición de autoridad política, teológica y eclesiástica en Israel.

No solo era un hombre instruido y competente; Saulo era inmensamente apasionado. Era un fanático. Él se describe a sí mismo como "mucho más celoso de las tradiciones de mis padres" (Gálatas 1:14b) y como un "hebreo

de hebreos” (Filipenses 3:5). No sabemos con exactitud qué quería decir con eso, pero sabemos que se estaba describiendo a sí mismo con un superlativo del idioma hebreo, similar a las expresiones “Rey de reyes” o “Señor de señores”. En otras palabras, Saulo era único en su clase. Él había alcanzado el nivel más alto posible.

Saulo también era fariseo (Fil 3:5), un miembro del partido conservador de los líderes judíos que estaban comprometidos con una estricta observancia de la ley mosaica. Una tradición de los días de la iglesia primitiva sugiere que entre los fariseos había un núcleo interior que sostenía la creencia de que si cualquiera de ellos guardaba perfectamente la totalidad de las leyes tan solo un día, ese acto de virtud induciría a Dios a enviar al Mesías. Así que entre los fariseos había un pequeño grupo de fanáticos que practicaban todo tipo de abnegación y ascetismo. Ellos eran devotos en su estudio y escrupulosos con cada detalle de la ley en su intento por guardarla perfectamente por un periodo de veinticuatro horas. Algunos conjeturan que el propio Saulo era uno de estos celosos fariseos.

Encontramos a Saulo por primera vez cuando sostiene la ropa de los que apedrean a Esteban (Hechos 7:58). En Hechos 8 y 9, lo vemos convertir su pasión en una militante forma de hostilidad contra la naciente iglesia, a la que él considera como una grave distorsión del judaísmo ortodoxo. Él no ve el movimiento cristiano como un cumplimiento de la Escritura del Antiguo Testamento sino como el debilitamiento de todo aquello que él estima. Así que Saulo actúa junto con las autoridades religiosas judías para presentar cargos formales contra los cristianos. Él está lleno de hostilidad hacia Jesús y todo lo que Jesús representa.

Cristo confronta a Saulo

Pero todo cambia en Hechos 9, que comienza con estas palabras: “Saulo aún lanzaba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor cuando fue a ver al sumo sacerdote. Allí le pidió cartas para las sinagogas de Damasco para que, en caso de hallar a hombres o mujeres de este Camino, los pudiera llevar presos a Jerusalén” (vv. 1-2). Cada respiro de Saulo exhalaba algún tipo de diabólica amenaza contra la vida de los creyentes, y no solo los de Jerusalén. Él le pidió al sumo sacerdote cartas de apoyo oficial para poder proseguir con su investigación, enjuiciamiento y persecución de los cristianos en Damasco. Él quería recorrer todo el camino a Damasco para encontrar a

cualquier judío que pudiera haber sido infectado con esta herejía cristiana. Era algo similar a un oficial de policía que le solicita a un juez una orden judicial. Saulo quería dar caza a los cristianos, fuesen hombres o mujeres, y llevarlos encadenados a Jerusalén.

Pero Saulo jamás llevó a cabo su misión en Damasco: "Pero sucedió que de pronto en el camino, ya cerca de Damasco, lo rodeó un poderoso haz de luz que venía del cielo y que lo hizo rodar por tierra, mientras oía una voz que le decía: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?' Y él contestó: '¿Quién eres, Señor?' Y la voz le dijo: 'Yo soy Jesús, a quien tú persigues […] Levántate y entra en la ciudad. Allí se te dirá lo que debes hacer'" (vv. 3-6).

Si hay alguna evidencia en la Escritura de que la regeneración es un acto soberano, es este suceso. Saulo no había hecho nada para merecer esta maravillosa intervención en su vida. En sus obras o en su vida no había mérito alguno que pudiese haber inducido a Dios a enviar esta visitación de gracia; en efecto, había una gran medida de demérito. Con todo, Jesús vino a Saulo, y Saulo fue soberana y efectivamente convertido en el acto.

Más tarde, al escribir como el apóstol Pablo, él recordó que Jesús también dijo: "Dura cosa te es dar de coces contra el aguijón" (Hechos 26:14). Esa es una imagen extraña. En el mundo antiguo, cuando se usaba bueyes para tirar carretas, a veces los bueyes se ponían tercos, tal como las mulas, y el boyero les daba un latigazo en el lomo para que se movieran. A veces, cuando los bueyes se rehusaban firmemente a caminar y la punzada del látigo los impacientaba, daban de patadas y probablemente quebraban la carreta. Así que la gente empezó a poner aguijadas delante de las carretas. En estas aguijadas había púas firmes y agudas que lastimaban las patas de los bueyes y éstos dejaban de patear. Pero a veces, un buey que fuera especialmente terco daba "coces contra el aguijón". El dolor de dar de coces una vez contra la púa enfurecía aun más al buey, y volvía a patear aun más fuerte. Cuanto más pateaba, más le dolía, y cuanto más le dolía, más se enfurecía, y cuanto más furioso, más pateaba. El buey quedaba hecho un sangriento desastre al luchar contra la aguijada.

Lo que Jesús estaba diciendo era: "Saulo, eres un buey estúpido. ¿Por qué me persigues? No puedes ganar. Eres como un buey que patea contra las púas de una aguijada".

Mientras Saulo yacía en el suelo, miró hacia el resplandor y preguntó: "¿Quién eres, Señor?" Él no sabía quién era el que lo había parado en seco, pero sabía que debía ser el Señor, porque nadie más podía iluminar el

desierto en pleno día con una brillante luz de gloria resplandeciente. Nadie más podía dar con él en tierra de un golpe y dejarlo ciego. Nadie más podía hablarle con una voz del cielo en su propio idioma. Tenía que ser el Señor quien le hablaba. Jesús le respondió: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Levántate y entra en la ciudad. Allí se te dirá lo que debes hacer”.

¿Te ha confrontado Dios a ti?

Tal vez tú nunca hayas visto una luz brillante en el camino a Damasco. Tal vez nunca te hayan derribado de un golpe. Estoy seguro de que nunca has escuchado una voz audible desde el cielo. En el caso de Saulo, esas eran simplemente manifestaciones externas de la misteriosa obra interna del renacimiento. Pero el mismo poder y autoridad soberanos que se manifestaron aquel día en el camino a Damasco han estado actuando en tu alma si efectivamente has nacido de nuevo.

La regeneración es una obra del omnipotente poder de Dios, un poder que nada puede vencer o resistir. Si Dios da su aliento a una persona entre los muertos, esa persona regresa de los muertos. Cuando se ejerce este poder, no tiene rival. Dios confrontó soberanamente a Pablo, y soberanamente lo transformó y lo redimió. ¿Ha hecho lo mismo contigo?

Capítulo Cinco

La Regeneración Es Inmediata

Cuando yo era un niño jugando en el patio, mi madre me llamaba adentro diciendo: “R. C., ven a almorzar”. Ella lo decía un par de veces, pero luego, si yo me tardaba demasiado y ponía a prueba su paciencia, ella decía: “Jovencito, entra a la casa *inmediatamente*”, enfatizando cada sílaba de esa palabra. Cuando escuchaba eso, yo sabía que tenía que entrar a la casa sin demora.

En teología, decimos que la regeneración es inmediata. Con ello estamos diciendo que la regeneración es instantánea; ocurre en un instante. Pero en este caso, el significado de la palabra *inmediata* excede lo temporal. Decir que la regeneración es inmediata significa también que ocurre sin medios, sin la intervención de algún medio.

La regeneración es instantánea

Anteriormente observé que mi experiencia de conversión fue repentina. Sin embargo, otros tienen experiencias de conversión muy graduales, extendidas; puede que ni siquiera sepan en qué año se hicieron cristianos.

Ellos dicen: “No sé cuándo sucedió. Fue algo gradual que ocurrió en el transcurso de varios años”. ¿Cómo puedo yo afirmar entonces que la regeneración es instantánea? La clave está en la forma en que uso la expresión *experiencia de conversión*. Me estoy refiriendo a aquello de lo cual estamos conscientes. Puedo decir que mi percepción del hecho de volverme cristiano fue repentina, abrupta e instantánea. En tanto que otra persona puede decir: “Yo solo lo percibí gradualmente”. Así que podemos distinguir entre nuestra percepción personal de lo que Dios está haciendo en nuestro interior, y la acción propiamente tal.

En la década de 1980, hubo una película llamada *Cocodrilo Dundee* que seguía las aventuras de un hombre del interior de Australia que visitó la ciudad de Nueva York. Al llegar a Nueva York, lo encontró una periodista que le preguntó: “¿Qué edad tiene usted?” Él respondió: “No lo sé”. Ella le dijo: “¿No sabe? ¿Cómo es que no sabe?” Él contestó: “Bueno, yo le pregunté al jefe de la tribu que me conoció cuando yo nací. El jefe me dijo: ‘En el verano’”. Así que *Cocodrilo Dundee* no sabía cuándo había nacido exactamente. ¿Pero significaba eso que él no tenía una fecha de cumpleaños? No, por supuesto que no. Hubo un momento cuando él no había nacido y hubo un momento cuando nació, y el cambio de un estado al otro sucedió instantáneamente (o casi). Solo que él no sabía cuándo había sucedido. Del mismo modo, hay mucha gente que no sabe cuándo nació de nuevo.

Así que una persona puede no tener conocimiento de cuándo o cómo pasó a ser un nacido de nuevo. Pero lo importante no es saber cuándo o cómo uno se hizo cristiano. Lo único que importa es si uno *ha* nacido de nuevo. Esta es una genuina situación de “o lo uno o lo otro”. O estás espiritualmente muerto, o bien estás vivo para las cosas de Dios. O has sido regenerado o no lo has sido. No existe un estado intermedio. Es como el embarazo: nadie está casi embarazada. Asimismo, nadie está casi regenerado. O lo estás o bien no lo estás.

La regeneración ocurre sin un medio

Así que la regeneración es instantánea. Pero cuando digo que la regeneración es inmediata, estoy diciendo algo más. Estoy diciendo que cuando Dios te lleva a la vida espiritual, él no utiliza ningún medio para hacerlo aparte de sí mismo. Cuando un doctor trata la enfermedad de una persona dándole una prescripción, la medicina es el medio que él utiliza para

llevar a cabo la recuperación. Pero la cura para la muerte espiritual, la regeneración, no se administra en dosis. El Gran Médico cura inmediatamente.

El Evangelio de Marcos incluye un impactante relato de una curación que realizó Jesús. Es un ejemplo de una sanidad no inmediata sino de una curación que utilizó un medio. Allí leemos: “Cuando fueron a Betsaida, le llevaron un ciego y le rogaron que lo tocara” (8:22). Queda claro que este ciego tenía amigos que se preocupaban por él, y como habían oído acerca de los milagros de Jesús, ellos resolvieron llevar a su amigo a Jesús. Ellos querían ver al ciego beneficiarse del poder sobrenatural de Jesús.

Jesús hizo algo extraño: “Jesús tomó la mano del ciego y lo llevó fuera de la aldea” (v. 23a). Imagina la escena. Generalmente alguien venía a Jesús y decía: “Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí”, y cuando Jesús lo oía, respondía: “Lo haré; vete en paz”. En otras palabras, Jesús simplemente sanaba a la persona en el acto. Pero en este caso, Jesús alejó al hombre de la muchedumbre para que su curación no fuese un espectáculo público. Además, Jesús le *tomó la mano* para sacarlo. La gracia jamás fue más amorosa que esto: el Dios encarnado toma a un ciego de la mano y lo lleva a un lugar privado para sanarlo. Qué gran preocupación tuvo Jesús por la dignidad del hombre. Me pregunto cuántas veces lo habrían guiado sus amigos. Había tenido que confiar en que otros lo guiaran. Piensa cuán indefenso se encontraba en esas situaciones. Pero ahora era conducido por Jesucristo. Jamás en su vida había tenido un guía más confiable.

Luego Marcos añade: “Allí escupió en los ojos del ciego, y luego le puso las manos encima y le preguntó: ‘¿Puedes ver algo?’” (v. 23b). Recién hice hincapié en que Jesús hizo lo posible por proteger la dignidad de este ciego. Sin embargo, en cuanto lo tuvo lejos de la multitud expectante, le escupió los ojos. En nuestra cultura, eso sería un gesto de insulto con la intención de humillar. Pero obviamente esa no era la intención de Jesús. Cuando Jesús escupió en los ojos del ciego y puso sus manos sobre él, se estaba comunicando con el hombre por medio del tacto.

Esta historia es similar a un relato en Juan 9, que también dice que Jesús sanó a un ciego utilizando saliva. En esa ocasión, sin embargo, él no escupió en los ojos del hombre; en lugar de ello, mezcló saliva con polvo para hacer barro, luego puso algo de barro en los ojos del hombre para curarlo.

¿Qué estaba sucediendo en estos casos? ¿Estaba Jesús usando remedios caseros para curar la ceguera que le había enseñado su madre en Nazaret? No,

no había un poder terapéutico especial en la saliva o el barro. No tengo idea de por qué Jesús usó estos métodos, pero dadas las innumerables curaciones que Jesús realizó sin tales medios, yo sé que él no necesitaba saliva ni barro para devolver la vista a estos hombres. El poder para conceder la vista no estaba en los medios, si bien Jesús utilizó medios en ambos casos. La eficacia estaba en el poder de Dios que residía detrás de los medios.

Lo que sucedió fue extraño. Jesús escupió en los ojos del ciego, le puso las manos encima y le preguntó: “¿Puedes ver algo”? El hombre le respondió: “Veo gente. Parecen árboles que caminan” (Marcos 8:24).

Este es un notorio avance: el hombre no podía ver nada caminando antes de su encuentro con Cristo. Este hombre estaba completamente ciego. Ahora al menos veía formas vagas y borrosas en movimiento. ¿No debería el hombre haberse contentado con eso?

Yo nunca he visto hombres que parecen árboles, pero he visto árboles que parecen hombres. Había un enorme encino detrás del almacén Wiegel’s cuando yo era niño, y cada noche, después de que oscurecía, a la luz de la luna, yo tenía que tomar el camino entre los árboles detrás del almacén para llegar a mi casa en la calle McClellan. Cada noche yo levantaba la vista y veía la silueta de este inmenso árbol, que parecía que tenía cien brazos hostiles que intentaban agarrarme. Yo solía pasar corriendo junto a ese árbol, poque se veía como un hombre —un hombre singularmente grotesco y amenazante. Pero nunca he visto un hombre que parezca un árbol.

Un segundo toque

¿Qué pasó después? “Jesús le puso otra vez las manos sobre los ojos, y el ciego recobró la vista y pudo ver a todos de lejos y con claridad” (v. 25). Con este segundo toque de Jesús, la visión de este hombre quedó completamente restaurada.

El punto de esta historia no es enseñarnos acerca de la regeneración. La idea es simplemente dejarnos el registro de un hecho histórico que mostró el poder de Cristo al sanar a un hombre que padecía de ceguera. Pero creo que aquí hay algunos principios que podemos derivar. Creo que de este relato se puede extraer una legítima analogía de la vida cristiana.

En primer lugar, la regeneración no es gradual. No se necesitan dos toques de Jesús para cambiar el corazón de un hombre de piedra a carne. No se necesitan dos toques del dedo de Dios para sacar vida de la muerte. Basta

con uno.

¿Pero te has fijado en que cuando nacemos de nuevo, cuando somos despertados espiritualmente, no somos curados instantáneamente de todo pecado? Una vez más, el renacimiento es el comienzo, pero todavía llevamos ese cuerpo de muerte que lucha y patea contra la vida que el Espíritu de Dios ha creado en nuestro interior. En el ámbito espiritual, cuando nacemos de nuevo, a lo más que podemos aspirar al comienzo es ver hombres como árboles caminando.

En aquella época en que la moda del adhesivo "La encontré" estaba en su cúspide, yo reaccionaba con un poco de enfado cada vez que lo veía. Yo entendía lo que ese slogan quería decir: la gente estaba diciendo que había encontrado la perla de gran valor, el artículo más preciado en este universo. Sin embargo, cuando el Nuevo Testamento habla de buscar a Dios y el reino de Dios, se está refiriendo a los cristianos. La búsqueda de Dios, el anhelarlo, comienza en el renacimiento. Cuando un explorador encuentra una pepita de oro, ¿acaso deja de buscar? No, comienza a buscar con mayor energía que nunca, y busca en la misma área donde encontró la primera, porque supone que donde hay una pepita debe haber más. De igual modo, cuando experimentamos la nueva vida, queremos más vida nueva. Queremos crecer. Queremos alcanzar la plenitud de la madurez.

El hombre ciego debe haber estado fascinado de ver hombres que parecían árboles caminando. Pero me lo imagino, diciendo con labios temblorosos: "Jesús, ya que estás aquí, ¿podrías tocarme otra vez? Porque me gustaría verlo todo". Así que Jesús lo tocó nuevamente, y toda la imagen se volvió nítida. Ahora podía ver hombres como hombres caminando y árboles como árboles meciéndose con la brisa. Ahora podía distinguir entre un hombre y un árbol, porque veía claramente.

El crecimiento en la gracia es mediado

El Nuevo Testamento a menudo utiliza la ceguera como metáfora para la muerte espiritual. Por analogía, la regeneración es algo así como recibir la vista. Estamos envueltos en tinieblas, pero la luz irrumpe en nuestras vidas y de pronto vemos la dulzura de las cosas de Dios y nos deleitamos en las cosas que están ocultas para aquellos que no reconocen su belleza. ¿Tienes amigos que simplemente no comprenden por qué estás tan fascinado con tu fe? Es que ellos no pueden verlo. No pueden comprenderlo. Ellos no perciben de

qué estás hablando.

Pero incluso nosotros no lo vemos perfectamente. Necesitamos que nuestra visión aumente. Cuando nacemos de nuevo, sin medios, por el soberano poder de Dios, eso es tan solo el comienzo. Luego comenzamos la vida de crecimiento espiritual.

Para ver con mayor claridad, ¿qué debemos hacer? No puedo llamar a Jesús para que venga y toque mis ojos una vez más —o más propiamente, mi corazón o mi alma. Sí, el está presente por medio de su Espíritu, pero el crecimiento por el cual alcanzamos la madurez ocurre por medios que debemos usar. Es decir, el crecimiento espiritual no es inmediato sino que es mediado. El crecimiento espiritual requiere del uso de lo que llamamos medios de gracia: la Biblia, la oración, la comunión, y la participación en la iglesia.

¿Quieres crecer? ¿Quieres que tu visión sea más aguda? Entonces tienes que ser diligente y disciplinado en el estudio de la Escritura. Al estudiar el contenido de este libro, se aclararán tu visión y tu comprensión. Si vas a estar en una unión más estrecha con Dios, tienes que comunicarte con él, y eso requiere pasar tiempo en oración. Si quieres crecer en santificación, necesitas pasar tiempo con cristianos más maduros que tú y beneficiarte de la comunión de su compañía. Si quieres crecer en madurez como cristiano, tienes que involucrarte en tu iglesia. La membrecía en la iglesia no es una opción para el cristiano. Cristo estableció su iglesia y ordena a su pueblo que sea parte de ella, porque la participación en la iglesia (asistencia, membrecía, servicio, adoración) es un medio de gracia. Es un medio por el cual tu nueva vida se nutre para que puedas crecer.

Nosotros trabajamos y Dios trabaja

En suma, si quieres superar la confusión que todavía forma parte de tu joven vida cristiana, debes trabajar en ello. Hemos visto que la regeneración es monergista, una obra de Dios solamente. Pero el crecimiento en la vida cristiana es sinergista: trabajamos para ese fin junto con Dios. ¿Qué dice el Nuevo Testamento? “Ocúpense en su salvación con temor y temblor” (Filipenses 2:12b). Este es un llamado a trabajar.

El paquete de la salvación consta de varias partes. Comienza con la regeneración (que es instantánea), pero hay una obra adicional que debe llevarse a cabo, y esa obra debe realizarse poniendo todo el empeño que nos

sea posible. No podemos sencillamente ir a dormir diciendo: “Dios me derribó del caballo soberanamente en el camino a Damasco. Él lo comenzó; que él lo termine. Voy a dejar que él lo haga todo”. No; se nos llama a ocuparnos en nuestra salvación con temor, no en el sentido de intimidación sino en el sentido de una cuidadosa diligencia.

A medida que trabajamos, sabemos lo siguiente: “Dios es el que produce en ustedes lo mismo el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Debemos trabajar tal como Dios trabaja. De este modo, aquello que Dios comenzó en ti será completado. Jesucristo, quien te tomó de la mano, te guió, escupió en tus ojos, y te dio la vista para que vieras cosas que antes te estaban ocultas, te tocará una y otra vez para que tu comprensión de las cosas de Dios se vuelva más clara y más aguda. Pero tú debes trabajar junto con él. Tu madurez cristiana alcanzará un nivel que está en directa proporción con tu disposición a trabajar en esta gran vocación.



Capítulo Seis

La Regeneración Es Permanente

Cuando Dios lleva a cabo nuestro renacimiento espiritual, él no permite que nada extinga esa vida. Más bien él preserva y mantiene con vida a aquellos a quienes vivifica, para que éstos puedan un día alcanzar la meta por la cual él los regeneró. Es por eso que Pablo nos dice que "el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Filipenses 1:6).

En nuestra exploración de la doctrina de la regeneración, o renacimiento espiritual, hasta ahora hemos visto que la regeneración es necesaria, que es misteriosa, que es solo el comienzo, que es soberana, y que es inmediata. En este capítulo, quiero explorar un aspecto de la regeneración que a menudo pasamos por alto, un aspecto que para muchos es un punto de confusión. Se trata de la verdad de que la regeneración es permanente. Si de nosotros dependiera, encontraríamos todos los medios posibles para perder nuestra regeneración. Pero Dios no permitirá que eso ocurra; él nos llevará a la plenitud de nuestra redención.

"¿Quién dicen ustedes que soy yo?"

Quizá la persona del Nuevo Testamento que mejor simboliza la permanencia de la regeneración sea el apóstol Pedro. Pero Pedro no siempre se llamó Pedro; él era Simón hijo de Jonás hasta que Jesús le cambió el nombre. ¿Cuál fue la causa para concederle este nuevo nombre?

Durante el ministerio terrenal de Jesús, los discípulos pasaron un considerable periodo de tiempo con él. Ellos pudieron observar sus actividades. Ellos lo vieron sanar a los enfermos (Lucas 8:40-48). Lo vieron calmar la tempestad (Lucas 7:22-25). Lo vieron caminar sobre el agua (Mateo 14:22-32). Lo vieron convertir el agua en vino (Juan 2:1-12). Lo vieron resucitar a los muertos (Lucas 7:11). Ellos escucharon su enseñanza (Mateo 5-7). En suma, ellos tuvieron la oportunidad de ver a Jesús con un grado de intimidad que las multitudes no disfrutaron.

En una ocasión en particular, en Cesarea de Filipo, Jesús se retiró de entre la muchedumbre y pasó tiempo con su círculo íntimo de amigos y discípulos (Mateo 16:13-20). Durante ese tiempo, Jesús les dijo: "¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Qué rumores están circulando? ¿Se han vuelto populares? ¿Cuál es la opinión pública sobre mi ministerio en este momento?" Uno por uno, sus discípulos respondieron la pregunta: "Bueno, Jesús, algunos dicen que tú eres Elías, algunos dicen que eres Juan el Bautista, y algunos dicen que eres un profeta". Jesús dijo: "Suena interesante. Pero ustedes tienen una visión íntima de quién soy yo y lo que he estado haciendo. ¿Qué opinan ustedes? ¿Quién dicen ustedes que soy yo? ¿Qué piensan ustedes?" Simón actuó de vocero de los doce y contestó la pregunta con esta afirmación: "¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!" (v. 16).

Esta fue una declaración profunda y audaz de labios de un judío. Un judío del siglo I que ha estado observando a Jesús lo mira y le dice: "Tú eres el Mesías". La palabra castellana "Cristo" proviene de la palabra griega Christos, que traduce el hebreo *mashiyach* ("mesías"). Pedro en realidad estaba diciendo: "Tú eres Aquel por el que nosotros los judíos hemos estado soñando, orando y esperando durante siglos. Tú eres Aquel que fue prometido a Abraham, a David, a Jeremías. Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente".

Pedro la roca

Cuando Jesús oyó esa declaración de Pedro, él pronunció una bienaventuranza. Él miró a su discípulo y le dijo: "Bienaventurado eres,

Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos" (v. 17). En otras palabras: "Simón, tú no llegaste a esta conclusión por tu cuenta mediante tu propia capacidad intelectual. Dios te ha revelado un misterio. Él te ha esclarecido lo que otros nunca logran captar. Eres bienaventurado por ver lo que ves". Es crucial que nunca olvidemos que el nuevo nacimiento nos lo ha concedido el Espíritu de Dios. Jamás debiéramos olvidar quién ha hecho estas cosas por nosotros y cuán bendecidos somos por haber experimentado el segundo nacimiento, este toque de la mano de Dios. Al igual que Pedro, hemos recibido el toque sanador de Dios para que veamos lo que otros no ven.

Luego Jesús se volvió a su discípulo y le dijo: "Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia" (v. 18a). Mucho se ha debatido acerca de qué quiso decir Jesús con esa declaración. Algunos creen que Jesús estaba diciendo que iba a edificar su iglesia sobre el propio Pedro, y en consecuencia este discípulo llegó a tener la primacía en la Iglesia Católica Romana. Otros ven esta declaración como una señal de que Jesús iba a edificar su iglesia sobre esta confesión de fe, de manera que cualquiera que profesa que Jesús es el Cristo es incorporado a su iglesia. En otras palabras, una persona debe abrir su boca y decir "tú eres el Cristo". Es como si Jesús estuviese diciendo: "Pedro, tú eres la roca, el que ha hecho esta primera confesión, y ahí es donde comenzaremos. Vamos a comenzar a edificar aquí y ahora mismo. Desde este punto edificaré mi iglesia".

Sacudido como trigo

Por supuesto, como vemos más adelante en el relato del Evangelio, Pedro no siempre se comportó como una roca. No me extrañaría si Jesús le hubiera dicho: "Tú eres una rebanada de pan que se desmigaja", o "tú eres pan comido", o "tú eres un malvavisco". Es cierto, hubo ocasiones en que Pedro se mantuvo firme, pero en un momento de prueba, falló miserablemente.

Según el relato de Lucas de la noche de la traición de Jesús, mientras él disfrutaba de su celebración final de la Pascua, que también fue la primera celebración de la Cena del Señor, él dijo: "Pero son ustedes los que han permanecido conmigo en mis pruebas. Por tanto, yo les asigno un reino, así como mi Padre me lo asignó a mí, para que en mi reino coman y beban a mi mesa, y se sienten en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Lucas 22:28-30). Jesús les dijo a sus amigos: "Ustedes han sido leales conmigo y yo

seré leal con ustedes. Yo voy a disponer que ustedes se sienten en tronos de juicio”.

Pero entonces Jesús se volvió hacia Pedro y le dijo: “Simón, Simón, Satanás ha pedido sacudirlos a ustedes como si fueran trigo; pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, cuando hayas vuelto, deberás confirmar a tus hermanos” (vv. 31-32). ¿Qué estaba diciendo Jesús? “Simón, tú crees que eres una roca, pero Satanás te busca. Él quiere sacudirte. Él quiere tenerte como una marioneta en sus manos. Él quiere jugar contigo. Él quiere usarte como medio para atraparme. Recién dije que todos aquí han sido leales conmigo, pero tú, Simón, me vas a traicionar”. Sin embargo, junto con las malas noticias, Jesús le ofreció a Pedro esta maravillosa seguridad: “Pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe”.

¿Cómo respondió Pedro a esta asombrosa advertencia? Él dijo: “Señor, no sólo estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel, sino también a la muerte” (v. 33). Cuando yo recién me había convertido, un grupo de hombres en mi universidad se reunía todos los miércoles en la noche para un estudio bíblico y para cantar himnos junto a un piano. Yo aprendí muchos himnos cristianos por primera vez en aquellas noches, y uno de esos himnos era “A donde él me guíe”. Recuerdo que cantaba esas palabras con todo el gusto de un recién convertido: “Le seguiré a donde él me guíe; iré con él, con él hasta el final”. Cuando escucho esa canción ahora, me siento culpable, porque quiero ser cuidadoso antes de decir que haré cualquier cosa o iré a cualquier lugar. En nuestro entusiasmo juvenil, hacemos todo tipo de alardes sobre nuestro compromiso y nuestra lealtad que solo el tiempo y la constancia pueden verificar. Lamentablemente, a medida que pasan los años de nuestra peregrinación, aprendemos cuán propensos somos al fracaso.

Pedro era como yo en mi entusiasmo juvenil. Él estaba diciendo: “Jesús, tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Yo te seguiré a donde tú me guíes. Voy a ir a la cárcel contigo si es necesario. Te seguiré hasta la misma muerte”. Pedro todavía no aprendía lo vulnerable que era.

Negación y traición

Pedro hizo su audaz declaración de lealtad en el aposento alto la noche del jueves, el día anterior al Viernes Santo. ¿Dónde estuvo Pedro más tarde esa noche? En cuanto llegaron los soldados para arrestar a Jesús, Pedro huyó. Se agazapó fuera de la casa del sumo sacerdote mientras los oficiales judíos

estaban dentro juzgando a Jesús, e intentaba conseguir alguna información acerca de lo que pasaba y saber el destino de su Maestro. Entonces llegó una sirvienta –no el sargento, ni el capitán de la guardia– y le dijo: "También tú estabas con Jesús el galileo" (v. 71), pero Pedro lo negó bajo juramento. Finalmente, un espectador dijo: "Sin lugar a dudas, tú también eres uno de ellos, porque hasta tu manera de hablar te delata" (v. 73). ¿Dijo "no" Pedro? No exactamente. La Biblia dice que lo negó con maldiciones. Empezó a maldecir como un marinero, enfatizando que no conocía a Jesús, todo poque estaba aterrorizado por estas sirvientas y espectadores. ¿Qué sucedió? "La Roca" fue sacudida como trigo. Llegó el momento de la prueba y Pedro falló.

Anteriormente aquella noche, en la Cena del Señor, Jesús había dicho: "De cierto les digo, que uno de ustedes me va a traicionar" (Mateo 26:21). Los discípulos alrededor de la mesa, mirando a Jesús consternados, dijeron uno tras otro: "¿Soy yo, Señor?" (v. 22). Entonces llegaron al tesorero. Judas dijo: "¿Soy yo, Maestro?" Jesús le dijo: "Tú lo has dicho" (v. 25). Juan añade que Jesús le dijo: "Lo que vas a hacer, hazlo pronto", y entonces Judas salió en medio de la noche (Juan 13:27, 30).

De este modo, Jesús envió a Judas a su traición. La Escritura dice que Judas ya había acordado entregar a Jesús en manos de sus enemigos a cambio de treinta monedas de plata (Mateo 26:14-16; Marcos 14:10-11; Lucas 22:3-6). Cuando lo hubo hecho, Judas se ahorcó. Murió en completa desgracia, sin sus treinta piezas de plata, y con el legado que ha hecho de su nombre un símbolo de traición y deslealtad para toda la historia humana.

¿Cuál fue la diferencia entre estos dos hombres? La respuesta se encuentra en la oración sacerdotal de Jesús: "Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los cuidaba en tu nombre; a los que me diste, yo los cuidé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera" (Juan 17:12). En palabras simples, Judas nunca nació de nuevo, pero Pedro era un hijo de Dios regenerado, y por lo tanto el poder de Dios lo guardó. La regeneración de Pedro fue permanente. Aun cuando Pedro cayó violenta, drástica, y profundamente, su caída no fue ni total ni definitiva.

Pedro fue guardado por Aquel que lo había vivificado al principio. El Espíritu Santo no solo es el agente causal de la regeneración, sino que, según las Escrituras, él es "la garantía de nuestra herencia" (Efesios 1:14). A veces nosotros hablamos de "dinero en garantía", que es algo así como un pago adelantado. En una transacción de algún bien inmueble, la parte que compra desembolsa algún dinero en garantía, lo cual demuestra que es un comprador

serio que pretende completar la transacción. Asimismo, cuando Dios regenera a alguien mediante el Espíritu, Él le da el Espíritu para que esté permanentemente con esa persona. La presencia del Espíritu es una "garantía" de que Dios al final le va a dar a esa persona todo lo que acompaña a la regeneración. Aunque de vez en cuando las personas no completan sus transacciones, a pesar del dinero en garantía, Dios siempre hace lo que dice que va a hacer.

Él completa el contrato. Él cumple el acuerdo. Él nunca defrauda. Él nunca falla en un pago. Cuando Dios el Espíritu Santo te vivifica, puedes estar seguro de que tu salvación es permanente.

Celebra el nuevo nacimiento

Por esto celebramos lo que significa nacer de nuevo. No hay mayor regalo que un ser humano pueda recibir. No hay un tesoro más valioso que un ser humano pueda poseer. Si no puedes decir con certeza que has nacido del Espíritu, te ruego que recuerdes la enseñanza de Jesús de que a menos que una persona nazca del Espíritu no puede ver el reino de Dios o entrar en él (Juan 3:3-5). A menos que nazcas de nuevo, te perderás el reino de Dios. Pero si naces de nuevo, conocerás la dulzura y la misericordia de Dios. Conocerás el poder de una nueva vida. Serás una nueva criatura, una nueva creación que nada puede destruir. Ni la vida ni la muerte ni las cosas presentes ni las pasadas ni poderes ni principados ni lo alto ni lo profundo ni ninguna otra cosa será capaz de separarte del amor que es en Cristo (Romanos 8:38-39).

Acerca del autor

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio cristiano internacional de educación con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como ministro a cargo de la predicación y enseñanza en Saint Andrew's Chapel en Sanford y como rector de la Academia Ligonier de Estudios Bíblicos y Teológicos. Su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind*.

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó en la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos importantes.

El Dr. Sproul es autor de más de setenta libros. También ha trabajado como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Prince's Poison Cup*. Para más recursos de Ligonier Ministries, por favor diríjase a http://www.ligonier.org/store/collection/spanish-resources/

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Longwood, Florida.